



**ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**  
**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**



**EL NOA Y LA ACADEMIA DE CIENCIAS<sup>1</sup>**

**Dolores Cossio**

Me propongo señalar en estas líneas algunas relaciones entre la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán y la Academia de Ciencias de Buenos Aires teniendo en cuenta que ambas tienen más o menos la misma edad y han mantenido cordial intercambio desde sus orígenes hasta la actualidad. Recopilé la mayoría de los datos en los

---

<sup>1</sup> Homenaje del Archivo Filosófico Argentino, del *Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli*, a la *Academia Nacional de Ciencias Buenos Aires* de en su 80<sup>a</sup> aniversario.

*Testimonios de Vida Universitaria*, texto editado por la facultad a los 60 años de su creación en el que participan casi todos sus profesores de filosofía.

El propósito de esta edición, dice Lucía Piossek, es “entablar un diálogo con nuestra historia del pensamiento que aunque breve es nuestra porque es imprescindible estar enraizado en una tradición”. Una sucinta biografía de esta facultad puede complementar la de la cumpleañera que ahora nos convoca. Juan Adolfo Vázquez en su *Antología filosófica argentina del s XX* cuenta que Tucumán careció de departamento de filosofía hasta 1937 (la UNT se fundó en 1914) pero “entonces lo tuvo excelente”. Pese a no tener sede propia, funcionaba en el viejo Colegio Nacional una vez terminadas las clases del día, hubo una serie de circunstancias que lo volvieron especial. Lucía señala cuatro condiciones excepcionales:

1 A mitad del siglo XIX, antes de la creación de la universidad, vivieron en Tucumán Amadeo Jackes y Paul Grossac, ellos imprimieron en la provincia un sello cosmopolita que la diferenció del resto del NOA. A comienzos del s XX la así llamada “generación del centenario” da un impulso fenomenal a los estudios histórico-sociológicos de la región. Pertenecieron a ella Juan B. Terán, López Mañán, Alberto Rougés, Manuel Lizondo Borda y el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre entre otros destacados pensadores.

2 En 1936 estalla la guerra civil española y muchos humanistas desembarcan en América. José Gaos se establece en Méjico y Manuel García Morente llega a Tucumán y se hace cargo de la cátedra de Introducción a la Filosofía, materia clave para decidir el destino de un estudiante y su tarea intelectual. García Morente había sido hasta entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la famosa Complutense y puntal de la Escuela de Madrid regentada por Ortega y Gasset a la que pertenecían Unamuno, María Zambrano y Javier Zubiri. Su Introducción a la Filosofía fue concebida en Tucumán y publicada con el título de *Lecciones preliminares de filosofía* porque se originó en las clases que tres estudiantes de ingeniería recogieron en versión taquigráfica e hicieron luego corregir por el maestro. Ese texto junto al de Adolfo Carpio constituyen a mi juicio las mejores puertas de acceso a nuestra disciplina editadas en Argentina, afortunadamente ambas se siguen publicando inaugurando nuevos filósofos.

Junto a Morente arribaron también a Tucumán Lorenzo Luzuriaga y Clemente Balmori, experto en lenguas clásicas. Cuentan que con el tiempo este profesor compró una finca a la que explotaba siguiendo las enseñanzas de las *Églogas* de Virgilio con dispares resultados. No vaya a creerse, sale al paso Lucía refutando algunas críticas de la época, que sólo los extranjeros dirigían el rumbo en la provincia. Lizondo Borda en historia y Alberto Rougés en filosofía lo venían haciendo en forma solitaria. Ambos abandonaron su aislamiento autodidacta y fueron incorporados a la naciente facultad, como así también la madre de Lucía: Amalia Prebisch, que se hizo cargo de “Metodología de la enseñanza de la Literatura”. Más allá de estas maestrías, Amalia es conocida en el NOA como autora de una especie de himno nacional que aún hoy se recita en las escuelas: el hermoso poema *La ramera tucumana*. El hecho es, continúa Lucía y vale la pena tenerlo en cuenta, que esos exiliados nunca permitieron que sus

enseñanzas se vieran opacadas dejando traslucir los conflictos y dolores que sin duda tendrían.

3 Con la creación del Departamento de Humanidades en 1937 se institucionaliza el estudio de la filosofía en el norte argentino. Pudo transformarse luego en Facultad gracias a la llegada de un grupo profesores jóvenes egresados de Buenos Aires y La Plata que descollaron con el tiempo en el mundo académico nacional e internacional. Estando saturado el plantel de las dos únicas facultades humanísticas del país rumbearon al norte Eugenio Pucciarelli, Aníbal Sánchez Roulet, los hermanos Risieri y Silvio Frondizi, Marcos Morínigo, Enrique Anderson Imbert y Elsa Tabernig, todos muy próximos al círculo de Francisco Romero y Alejandro Korn. Más tarde arribaron Emilio Estiú, primer profesor de Estética, (“Estiútica” para sus alumnos), Raúl Piérola, Hernán Zucchi, traductor de la *Metafísica* de Aristóteles, Arturo García Astrada y Juan Adolfo Vázquez poseedor de una notable pericia editorial que puso en práctica con su pequeña editorial a la que llamó *Yerba Buena*. También fundó una revista *Notas y estudios de filosofía* siempre abierta para los jóvenes egresados de entonces: Lucía Piossek, María Eugenia Valentié, Víctor Massuh, Edmundo Concha, Roberto Rojo y otros.

La cátedra de Metafísica, cuenta Génie Valentié, estuvo primero a cargo de Eugenio Pucciarelli, uno de los mayores representantes de la filosofía argentina. Roger Labrousse lo consideraba el hombre más inteligente que había conocido en Sudamérica. Sus clases y conferencias en Tucumán, continúa Valentié, fueron ponderadas por su claridad, precisión y elegancia de lenguaje. Los que fuimos sus alumnos recordamos sus impecables clases “a capela” (rara vez llevaba unas pequeñas notas de apoyo). Podía exponer con igual convicción la obra de Kant, Dilthey, Husserl o San Juan de la Cruz. Pucciarelli, que regresó a Buenos Aires en 1943, nunca interrumpió su relación con la UNT, estuvo presente como conferencista, jurado de concursos y tesis doctorales y partícipe en numerosas reuniones académicas. A la inversa, desde la Academia acogió con estima a los profesores tucumanos brindándoles espacio y apoyo para sus investigaciones, conferencias, exposiciones, presentaciones de libros, etc.

Aquellos profesores, como ya dije, tenían un origen y formación común en las universidades de Buenos Aires y La Plata, seguían la línea de F. Romero y A. Korn: eran pluralistas, no profesaban dogmatismos filosóficos, políticos o religiosos. La libertad de pensamiento para hacer filosofía fue la gran enseñanza que nos dejaron.

4 En septiembre de 1939 se inicia la 2ª guerra mundial y se produce una selecta inmigración europea a nuestras tierras. A la Universidad de Tucumán llegan científicos y humanistas de primera línea como Benvenuto Terraccini, lingüista, Renato Treves, sociólogo, Rodolfo Mondolfo y el matrimonio Roger Labrousse-Elisabeth Goguel. Él se ocupaba de filosofía política, temática que aún en la actualidad tiene pocos representantes. Tuvo que abandonar Francia por ser objetor de conciencia. Varios de sus libros más importantes fueron pensados y publicados en Tucumán y en editoriales de Buenos Aires. Se destaca entre ellos su *Introducción a la teoría política* que tuvo mucha repercusión local e internacional. En cuanto a Elisabeth Goguel redactó allí su

importante tesis sobre Pierre Bayle que luego publicó en Francia como texto de consulta básico sobre el pensamiento del siglo XVII. En la carrera de inglés se incorporó por concurso convocado en Inglaterra al legendario Mr. Rush que también fue mi maestro con quien se formaron excelentes profesores de lengua y literatura inglesas.

Hasta aquí llegan las coincidencias diacrónicas y sincrónicas entre la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT y la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires que celebra sus 80 años por estos días. Como sabemos el diálogo entre ambas instituciones continúa fluidamente. Tuvimos en Tucumán una excelente representación de la línea académica de pensamiento en el buen sentido de la palabra, sin acartonamientos estériles en manos de maestros apasionados que supieron crear una tradición.

Yo misma nadé en esa corriente los felices años de estudiante en la “Universidad del Parque” como la nombrábamos cariñosamente los que allí nos formamos. El parque era importante no sólo por su belleza, sino porque nos permitía ir a remar al lago en las horas libres mientras discutíamos los problemas abordados en clase. Recuerdo que Hernán Zucchi, cuando el día era propicio y no teníamos demasiado equipaje, daba sus clases de Antigua bajo la sombra de un frondoso árbol al mejor estilo aristotélico. Formábamos una gran familia que supo y sabe (creo) preservar esta herencia valiosa.